

Cobijas

Una mirada cotidiana a la política de los textiles

Tania Pérez-Bustos

■ Doi: 10.54871/ca26ns07

Los textiles siempre han estado allí

Para iniciar con esta reflexión quisiera pedirle a quien lee que por un instante revise qué ropa tiene puesta hoy. Y con revisión me refiero a que se observe con atención, que recuerde el momento en que abrió su closet y escogió eso que tiene puesto ahora mismo en el nivel que sea: las medias, por ejemplo, o el abrigo, o la blusa, o la camisa, la falda o el pantalón que traen puesto. ¿Por qué esa prenda justo hoy?, ¿qué dice esa prenda sobre usted? Y cuando digo qué dice, lo señalo literalmente: ¿de qué forma ese objeto habla de usted?, ¿qué le cuenta?, ¿tiene alguna historia en particular que le venga a la mente justo ahora que le estoy invitando a detenerse en él?, ¿le recuerda algún momento?, ¿alguna persona?, ¿algún lugar?

Habiéndose detenido por un momento en ese objeto que le viste, ahora quiero proponerle que lo sienta. Quizás lo pueda acariciar ahora mismo o pueda sentir que este le acaricia. ¿Cómo se siente esa textura?, ¿activa algún otro recuerdo esta nueva invitación?, ¿adónde le lleva?, ¿con qué le vincula?

Hago estas preguntas como una primera invitación sensorial para dimensionar conjuntamente el tipo de tecnologías que son los textiles. Y cuando hablo de tecnologías me refiero en particular a la forma en que éstas han sido concebidas como enredos de trabajo, cuerpo, herramientas, formas de hacer y de relacionarnos (concretas, situadas, temporales), que hacen indistinguible la materia, de la cultura, de la naturaleza. Los textiles como tecnologías no son producidos: en tanto que enredos, producen relaciones, ellos mismos son relaciones.

En este capítulo quiero invitarlos a que pensemos en los textiles como tecnologías que nos hacen. En este sentido, ellos son nuestra segunda piel (Hundertwasser, 1997), existimos con su existencia. Al vestirlos, los textiles dicen algo sobre quiénes somos, son tecnologías de nuestra identidad, pero antes de eso, o incluso por eso mismo, como piel, los textiles nos cubren. Evolutivamente el textil nos ha permitido existir, hemos evolucionado conjuntamente con él, podríamos decir entonces que somos textiles.

En su ensayo sobre la bolsa de mano, Ursula Le Guin (1989), retomando el trabajo de la arqueología feminista, nos cuenta cómo los homínidos evolucionaron en seres humanos siendo fundamentalmente recolectores de alimentos vegetales y usando trampas para animales pequeños, mientras que la caza de grandes animales representaba apenas el 20 % de la dieta. A pesar de esto el imaginario de la caza de grandes animales, como central para la evolución humana, nos dice esta autora, ocupa de forma desproporcionada nuestras mentes. Tan es así que el nombre que damos a estas épocas (paleolítico y neolítico) tiene que ver justamente con la fabricación de herramientas en piedra tallada como lanzas para la caza. Sin embargo, antes de matar a un animal con una lanza evolucionamos porque fuimos capaces de producirnos una segunda piel y armar un canasto rudimentario y en él poder cargar semillas. Sin una cuerda no se hubieran podido amarrar las puntas de lanza a las flechas o similares. Para que una cuerda pudiera existir tuvo que ser necesario imaginar la posibilidad de transformar

una planta o el pelo de un animal en fibra y luego esta en hebra. Las hebras son la base de los tejidos, que permitieron que los grupos humanos pudieran estar en zonas aptas para la agricultura, y así... (Postrel, 2020). Sin textiles no existiríamos, sin embargo, los tenemos tan cotidianamente incorporados que nunca pensamos en ellos como tecnologías. También podría decirse que nos cuesta pensarlos como tecnologías, pues imaginamos las tecnologías como cosas duras y distantes.

Ahora, si entendemos las tecnologías en el sentido ya propuesto (como enredos semiótico materiales), los textiles son tecnologías no solo porque hacen parte de nuestra historia primigenia, sino porque hacen parte de nuestra historia cotidiana, porque organizan y dan sentido a nuestras vidas. Quiero centrarme ahora en esto con un ejemplo concreto: las cobijas y su capacidad de hablarnos de forma íntima de la política.

En Colombia llamamos a las mantas o a las frazadas, cobijas. Una palabra que hace referencia a un objeto situado, emplazado en un lugar de descanso cotidiano y doméstico, como un dormitorio. Así que las cobijas, además de ser objetos rectangulares, suaves y flexibles que cubren a alguien para que no pierda calor, son también objetos domésticos que recuerdan al hogar. “Blanket” en inglés también se refiere a un objeto como una cobija. Sin embargo, etimológicamente la palabra no está vinculada al hogar, sino al nombre de un tejedor: Thomas Blanket, un hombre de Bristol que a principios del siglo xiv fabricaba tejidos de lana para calentarse. Como estos tejidos se hacían a mano con lana de oveja, solían ser blancos; blanco en francés es *blanc*, similar al apellido Blanket (*The Washington Post*, 1898; *The New York Times*, 24 de marzo de 1901). Una manta (como Blanket) está destinada a proporcionar cobertura y cobijo. Existen referencias geográficas a las *blankets* en inglés, como los pantanos o turberas, que se denominan *blanket bogs* o *blanket peats*. Asimismo, cuando una zona está cubierta por agua, tierra o nieve, se denomina *blanket of snow* (manto de nieve). Las cobijas, en cambio, se refieren específicamente a coberturas textiles

cálidas, directamente vinculadas a la familiaridad, el confort doméstico y el cuidado.

Aquí quiero hablarles de las cobijas como *blankets*. Es decir, como tecnologías, como objetos manufacturados que encarnan a quien las fabrica. Y como cobijas, que están moldeadas por la vulnerabilidad y el cuidado y que conectan con el hogar. Ya sean mantas/*blankets* o cobijas, o ambas cosas a la vez, estos objetos cómodos y flexibles son objetos íntimos. Las formas en que se hacen a mano y se usan –las marcas que conservan, los lugares donde se guardan– son ejemplos de esta intimidad. En su uso y fabricación, las cobijas se convierten en extensiones de cuerpos y territorios domésticos. Por eso, al seguir este devenir material, esta continuidad entre cobijas, cuerpos y hogares, somos testigos de cómo la vida y la pérdida se organizan.

Hacer cobijas

Las cobijas hechas a mano suelen emerger de la relación entre cuerpos y materiales textiles. Pueden ser de punto, por ejemplo, y su superficie se elabora línea a línea enrollando repetidamente un solo hilo sobre sí mismo. Esto es posible mediante sutiles movimientos de las manos o con la ayuda de palos o agujas. El cuerpo en creación, cuyas manos en movimiento se sitúan cerca del vientre materno, es arropado por la misma superficie cálida que crea (Naji, 2009). Las mantas también pueden tejerse con telares o unirse mediante agujas enhebradas, como en el caso de las colchas. En este caso, los materiales reunidos para crear una acogedora superficie para dormir evocan una relación socioecológica con el entorno de quien las fabrica.

Las mantas tejidas con dos agujas, ganchillo o telar, por ejemplo, pueden tener el olor de las ovejas esquiladas, pero también la sensación del agua con la que han sido lavadas y las marcas de las manos que han enhebrado el hilo. Las colchas de retazos para

camas humildes, por su parte, se crean con retales sobrantes o ropa usada, y la creatividad se despliega cuando se cosen trozos de tela de diversos tamaños y formas en una gran forma rectangular (Larghero et al., 2011). Pero no solo las mantas llevan las marcas de su entorno, también los cuerpos que las han hecho. Cada gesto repetitivo que convierte los hilos en superficies deja huellas (Ingold, 2007). Los cuerpos se acomodan en relación con los telares y las agujas: aprenden a moverse, y de esta relación surgen los dolores corporales y los callos en las manos de quien las fabrica.

Los espacios también están marcados por esta práctica textil, salas enteras dedicadas a los procesos de tejido, como si los telares fueran personas. Así, podemos explorar costureros con hilos, agujas y tijeras; cestos con retales o hilos de diversos colores, tamaños y texturas; bolsas o cajones con nuevos materiales; mesas, luces o sillas especiales con las que trabajar. Todos ellos se convierten en materiales de compañía que habitan los lugares donde se confeccionan las mantas.

Las mantas dan forma a los espacios no solo porque su fabricación está emplazada, sino porque el hacer cobijas en sí mismo transmite materialmente el calor y la comodidad del hogar. Aquí, solo puedo pensar en ellas como cobijas y no como *blankets* o como mantas. La gente tiene cobijas en casa, sobre las camas. Las cobijas hacen eco de los entornos domésticos, sus propiedades de abrigo están relacionadas con este lugar. Así, las cobijas, cuando son regaladas, pueden crear “sensación de hogar” para alguien que viaja al extranjero o se instala en una casa nueva. Pero ellas también se fabrican para crear esta sensación.

Este es el caso de las cobijas tejidas a mano en Colombia en los años sesenta para alfombrar la cabina de los astronautas del Apolo 11. Estos tejidos se hacían con lana de oveja, cuyas propiedades químicas y físicas permiten que el material arda sin generar llama, en parte por su alto contenido en grasa y humedad (una referencia directa a su entorno). Las características no inflamables eran fundamentales para su uso en el interior de una nave espacial, pero

también se eligieron para esta tarea porque transmitían “la sensación de frescor y descanso terrenal” (*El tiempo*, 1969). Estas telas hechas a mano fueron tejidas en telares artesanales en la Colombia rural, tomando a los tejedores más de dos años, “aproximadamente de cuatro a cinco rollos de tela por día” de un tamaño regular y homogéneo, y la selección artesanal de hilos gruesos hilados a mano equivalentes a tejer 120 metros por día (Aristizabal, 2019).

Las cobijas, como *blankets*, son confeccionadas, como la historia de su nombre indica, por alguien, portan las marcas corporales de esta manufactura, esto la hace una práctica textil íntimamente emplazada. Al ser confeccionadas, las mantas como cobijas habitan espacios y recuerdan materialmente el calor del hogar; en el espacio exterior y en la tierra, en las calles donde las personas sin hogar utilizan las cobijas como refugio improvisado.

Ahora voy a hablar del hacer de las cobijas, lo que hacen estas tecnologías más allá de la propia fabricación textil de la que han surgido.

Cobijas que hacen

Las mantas son uno de los primeros objetos en los que se envuelve el cuerpo humano al nacer, proporcionando los cuidados necesarios en medio de la vulnerabilidad. Con el crecimiento de la niña o el niño, las mantas se convierten en extensiones del yo, al igual que el yo en formación es también una extensión de la manta. De ahí que las cobijas ayuden a los bebés en su transición hacia una idea temprana de ser alguien distinto del ser humano que les proporciona cuidados y crianza. En este sentido, estas cobijas dan forma tanto a la seguridad y el descanso como al desapego y la pérdida (Winnicott, 2016).

El calor de quien cuida se transfiere a la manta, y la manta encarna este cuidado, pero solo parcialmente, ya que al mismo tiempo es testigo de la distancia con quien cuida, que ahora es un otro. En este devenir, las cobijas organizan materialmente las ideas

humanas de lo propio y lo ajeno, de la protección y el sufrimiento. Al calentar los cuerpos y sus procesos dolorosos, las mantas son márgenes y umbrales que conectan la vida y el dolor. En este vínculo vital, cobijas y cuerpos se hacen juntos (Ahmed, 2010).

En su diversidad, son objetos mundanos e íntimos; esta intimidad se percibe mejor cuando se contempla a través de la concreción de relaciones específicas, más que humanas. Profundizo aquí en historias de mantas como cobijas que organizan el continuo de la vida y la pérdida a nivel personal y doméstico, concretamente entre dos mujeres que han vivido el conflicto en Colombia de diferentes maneras. Para Olga, la confección de cobijas la ha arropado después de haber sido desplazada a causa de la guerra. La creación de estos objetos ha acompañado esta situación transformadora de su vida y ha contribuido a conformar un sentido de hogar y de subjetividad para ella. La otra historia se refiere a Liliana, una mujer que trabajó en el sistema colombiano de justicia transicional escuchando testimonios de personas que han vivido la guerra, como Olga. La manta de Liliana materializa una intención de organizar su vida hacia adelante y es un recordatorio del cuidado que le falta y que necesita al darse cuenta de cómo la escucha de testimonios de la guerra la ha afectado profundamente.

Las cobijas que hace Olga

Olga es una mujer de 70 años que vive en Sonsón, un municipio situado en el noreste de Colombia que recibió un elevado número de población rural desplazada durante la década de 1990. Olga es una de esas personas: tuvo que dejar su casa y sus animales en el campo cuando el conflicto aumentó en la región y se vio obligada a establecerse en este pequeño pueblo. Antes de este suceso, Olga solía coser y tejer a ganchillo muchas cosas, y entre ellas muchas cobijas. La confección de estos objetos la ha acompañado en el proceso de migración y reasentamiento. Conversar con ella sobre su

vida a través de estas prácticas materiales textiles es una forma de entender cómo se reinventó a sí misma y a su entorno doméstico para recuperar la dignidad perdida que la guerra le arrebató (Pérez-Bustos et al., 2022).

Durante una visita a su casa, Olga nos muestra una manta de yoyó, una de las últimas que ha confeccionado. Un yoyó es la forma en que Olga y sus compañeras llaman a la técnica textil que utiliza círculos de tela doblados por el borde y fruncidos, formando una roseta que luego se cose a otros. Una colcha yoyó es una especie de edredón hecho con retales de telas sobrantes de otros proyectos, reutilizando lo que se tiene a mano para producir otra cosa (imagen 7).

Imagen 7. Detalles de la cobija de Yo-yo de Olga. Cada círculo de tela es un “yo-yo”. La cobija mide aproximadamente 2 x 1,4 metros



Créditos: Isabel González-Arango

Cada yo-yo mide unos cuatro centímetros, así que hacer una de estas colchas requiere muchos trocitos de tela, pero también mucho tiempo y paciencia. Olga quiere vender su colcha de yo-yo, igual que ha vendido muchos otros tejidos que hace para ayudar a mantener su hogar. Otras cosas no las vende porque las considera una forma de procurarse comodidad en su vida diaria.

“Hacía la ropa de mis hijas con una maquina de coser de manubrio, como moler maíz, a mano”, dice mientras muestra la máquina en su cuarto de costura, y entre medio nos cuenta su vida (Russell, 2014). “Hacía ropa para salir a vender por ahí. Cosía para los vecinos... Yo era la costurera... Por allí, alguien se cortaba e iba a mi casa porque allí guardaba el botiquín... Yo hacía de todo... Remendaba, cosía, curaba, aconsejaba”.

Esa relación entre coser y curar como prácticas de cuidado se traslada de forma particular a sus cobijas:

Mi marido no traía una manta a la casa, no traía un tendido para ninguna cama, yo hacía todo eso, yo preparaba las camas con colchas de retazos, mi hermana Soledad trabajaba en una empresa de costura y ahí le daban retazos, y ella me los mandaba para que yo hiciera colchas con retazos de toalla.

Recogiendo lo que sobraba por ahí y nadie parecía utilizar (Lindström y Ståhl, 2016), Olga confeccionaba el calor que su familia necesitaba.

Este hacer se produce en los retazos y estos, a su vez, en las relaciones. Soledad, su hermana, le da los retazos para las colchas de toalla, pero sus hijos también le dieron retazos para otras mantas que tejió a crochet. De estas, tiene cinco iguales, todas con diseños parecidos: mantas blancas tejidas con hilo de algodón. La que menos se ha estropeado la tiene en la cama de su hijo; las otras dos están guardadas en el armario (imágenes 8 y 9).

Imágenes 8 y 9. Izquierda, cobijas de hilo de algodón tendidas en la cama. Derecha, detalle del closet con las cobijas dobladas



Créditos: Isabel González Arango

Son cobijas muy especiales porque reflejan una historia de trabajo rural y de afectos con sus hijos:

Es hilo con el que se cosen los bultos de comida para las vacas... Mis hijos que ordeñaban en el campo me los recogían. Descosían el bulto y tiraban el hilo al suelo. Entonces yo les decía a mis hijos que me los trajeran, y ellos se los metían en el bolsillo, uno tras otro, si eran muchos. Cuando tenía un montón grande de estos hilos de algodón, los lavaba con un jabón especial para que blanquearan... Como estaban todos enredados, me sentaba a desenredarlos y luego añadía un hilo al otro, y después enrollaba los hilos todos atados para hacer un ovillo, y luego lo tejía a croché (comunicación personal, 2019).

Olga hacía las cobijas mientras cocinaba, alimentaba, quemaba y cargaba carbón. Mientras sus hijos trabajaban, ella tenía al croché. Por la mañana, salían al campo y volvían trayéndole más hilos de algodón, negros de tierra y estiércol de vaca. Cada trocito de hilo de algodón medía menos de un metro, y ella anudaba uno tras otro hasta conseguir el material necesario para empezar a tejer. Las cobijas de croché tienen muchos nudos, que a ella no le gustan, pero aun así las conserva, siempre las ha tenido con ella,

acompañándola a todas partes: “Voy con ellas aquí y allá”. Estas mantas unen lazos familiares y rurales; guardan estos recuerdos más-que-humanos en el espacio íntimo de su humilde casa de pueblo, y también embellecen un espacio y con ello dignifican la vida cotidiana, un acto muy político en contextos de guerra y despojo.

A Olga le duelen las manos; las tiene torcidas, en parte por la edad y por todo lo que ha hecho con ellas a lo largo de los años. Gran parte de ese trabajo es de cuidado, incluyendo el hacer textil, pero también el trabajo rural y doméstico. Hacer cobijas como trabajo de cuidado no es solo algo que hace para los demás. Sus mantas son útiles, por supuesto; cubren su cama y la de otros, pero además de esa funcionalidad ellas habilitan un espacio propio de Olga, en el que se realiza a sí misma en el hacer. Así, el hacer la cobija (con retazos de tela o hilo) tiene para ella implicaciones subjetivas: al hacer cobijas, también se hace a sí misma (Pérez-Bustos et al., 2019), lo que le permite desplegar su capacidad creativa, aquella en la que con la misma técnica hace cinco cobijas blancas de hilaza proveniente de bultos de comida de vaca. Esa insistencia en hacer y rehacer lo mismo y así crearse como cuidadora y crochetera de recuerdos, pero sobre todo crearse como Olga. No es paradójico que la primera de las colchas de las que hablé aquí esté hecha de yo-yo, una reafirmación del yo. Una Olga en cada yo-yo, una en cada nudo que une los trozos de hilo, todos ellos gestados a partir de la recolección de lo que sobra, lo que nadie quiere. En esta confección de cobijas está Olga, la costurera, la que cura, la que arropa a su familia y embellece una nueva casa tras la pérdida de la anterior, la que en este hacer, se cose y se cura a sí misma.

La cobija de Liliana

Liliana es una antropóloga de 26 años que trabajó en la Comisión de la Verdad en Bogotá durante un año. Este fue su primer trabajo formal. Cuando la aceptaron, pensó que era un sueño hecho

realidad contribuir a explicar a la sociedad en general la complejidad del conflicto armado interno en Colombia, a través de su tarea de escuchar los testimonios de las víctimas. Conocí a Liliana cuando emprendí una serie de talleres textiles en los que invitaba a personas que trabajaban en el Sistema de Justicia Transicional a explorar materialmente lo que significaba escuchar historias de guerra. Estas exploraciones las ayudarían a reflexionar sobre cómo esta tarea afectaba a sus cuerpos. En uno de los encuentros, pedí a las personas participantes que trajeran una cobija personal.

La cobija de Liliana es de lana sintética color rosa con una Hello Kitty en el centro. Es quizá la manta más vieja que tiene en casa, donde todo es nuevo, desde que se mudó a este apartamento cuando empezó a trabajar en la Comisión de la Verdad. A Liliana le gusta esta cobija, le recuerda la casa de su familia, donde la usaba a menudo.

Cuando vino a Bogotá por primera vez, hace doce años, dejó la cobija en su ciudad natal (Ibagué) y la usaba cada vez que iba a su casa. Con el tiempo, Liliana se instaló en Bogotá y, cuando el trabajo se estabilizó, la cobija se vino con ella. La manta la acompañó en la organización de su propia casa, llena de cosas nuevas que le regalaron. La textura de la manta vieja y usada aportaba confort y nostalgia a ese espacio y lo hacía habitable y propio. La cobija rosa la hace sentir abrigada y acogida, la ayuda a avanzar hacia la independencia, ya que le ha costado mucho estar fuera de su casa familiar y vivir sola. La manta la ayuda a compensar la soledad que acompaña esta transición. La hace sentirse menos desamparada.

Antes de participar en el taller, Liliana tenía guardada la cobija. Luego del encuentro, decidió volver a utilizarla. En parte porque en la ciudad empezaba a hacer frío, pero también porque la exploración material de este objeto la dejó pensando en su trabajo en la Comisión de la Verdad.

Al llevar la manta al ejercicio de exploración material, Liliana se tumba sobre ella y se relaja. Aunque no es fácil conciliar el sueño, hay algo en la disposición de su cuerpo sobre ese querido objeto

que la hace rendirse un poco y descansar. En esa disposición, ella identifica que está pasando por un momento de mucho pensar, y que la parte de su cuerpo que más le pesa es la cabeza (imagen 10).

Imágenes 10 y 11. Liliana acostada sobre su cobija, sigue instrucciones orales para hacer un diagnóstico personal de cómo está su cuerpo. Con la ayuda de una compañera los puntos de tensión corporal son marcados con trozos de tela en la cobija



Crédito: Santiago Lemus

Liliana siente que está en un punto de ruptura. Cuando empezó su trabajo en la Comisión de la Verdad, estaba muy emocionada, con vitalidad y compromiso. Pero eso se ha ido perdiendo con el tiempo. La idealización del trabajo ayudando a construir la paz se hace añicos cuando se plantea tener un trabajo precario como el que tiene. Liliana tiene un contrato temporal, renovado cada dos

meses, sin vacaciones. Además, debe escuchar testimonios que cuentan historias fuertes sobre lo que vive la gente por el conflicto interno. En su trabajo, los objetivos laborales se miden por el número de horas de entrevistas transcritas, independientemente de la dificultad de los testimonios que contengan. Con el tiempo, Liliana ha dejado de escuchar las historias de la gente y transcribe sus palabras sin recordarlas conscientemente. Aunque dice que no la afecta lo que oye, sabe que, aunque ella sea muy fuerte, las condiciones de trabajo y el tipo de historias con las que trabaja la han afectado. Está cansada y desanimada.

Liliana habla de todo esto durante la exploración material con la cobija. Después de tumbarse, la coge y se sienta con las demás compañeras en círculo, con la manta sobre las piernas. La presencia de las cobijas crea una atmósfera íntima que les permite sentirse cómodas a la hora de verbalizar cómo las ha afectado su trabajo. En ese momento pedí a los participantes que eligieran una de las tensiones de sus cuerpos inscritas en sus mantas y que bordaran algo allí. Liliana elige la sensación de estar demasiado metida en la cabeza y sentirse insensible. Entonces coge su cobija y borda un corazón en el lugar que evoca esa parte de su cuerpo (imagen 12). Las otras personas que acompañan a Liliana están como ella, reclinadas introspectivamente en su trabajo de bordado sobre sus propias cobijas, transformándolas.

La cobija de Liliana le pesa; siente que es una carga adicional en su exploración. Mientras enhebra la aguja y da puntadas en ella, escucha las historias de agotamiento y desesperanza de otras personas. La transformación de la superficie suave y flexible le recuerda su cuerpo; al bordar un símbolo de corazón en su cabeza, imagina de forma material lo que desea que le suceda. Bordar la manta es una forma de quedarse con ese deseo para reafirmarlo en su memoria, para traerlo al presente. El trabajo textil es costoso para Liliana porque la manta es su cuerpo, y su propio cuerpo se ve afectado por su trabajo.

Hasta el momento de explorar su yo del pasado a través de la cobija, a Liliana le resultaba difícil darse cuenta de cómo se sentía;

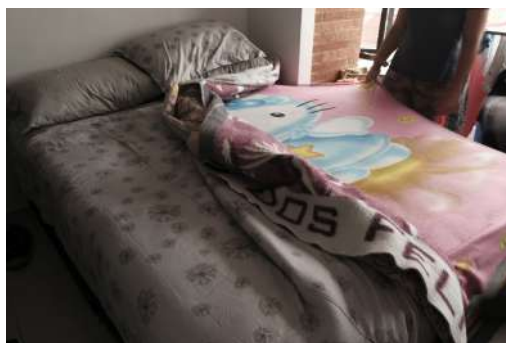
tal vez por eso decide no volver a guardar la cobija luego del taller. Mantenerla a la vista, después de transformarla y continuar con la carga de escuchar testimonios de guerra en condiciones precarias, despierta una sensibilidad en Liliana. La cobija transformada le recuerda lo cansada y desanimada que está; también le recuerda el cuidado que sintió al transformarla: la carga de su peso y el calor de descansar en ella, las vidas rotas de quienes escucha y su propia vida fracturada bordada en la cobija. De vuelta a casa, Liliana coloca la manta en su cama y decide dormir con ella, usarla, volver a ella en busca de calor y compañía (imagen 13).

Imagen 12. Intervención textil de Liliana en su cobija



Crédito: Santiago Lemus.

Imagen 13. Cobija de Liliana en su cama



Crédito: Tania Pérez-Bustos

En el hacer material con su cobija, en esa transformación, Liliana se escucha a sí misma (Woodward, 2016). Es este trabajo de exploración con su manta lo que le permite comprender sus propias necesidades. Al transformar la cobija, ella busca la transformación. La manta de Liliana, como tecnología, materializa una intención de organizar su vida hacia adelante.

Pensar cobijas, pensar con cobijas

Las cobijas son extensiones de los cuerpos y de los hogares, tanto como son hogares y cuerpos en sí mismos. Las mantas llevan consigo nuestros humores corporales y están marcadas por nuestros movimientos corporales. Recuerdan nuestros momentos de descanso en casa hasta el punto de encarnar la intimidad y el confort de este espacio doméstico. Las cobijas se crean con los cuerpos que las confeccionan, dándoles forma con cada gesto repetitivo del que ellas mismas emergen. Esta simpoiesis (Haraway, 2019) se aplica al proceso de tejer, acolchar o tricotar una superficie suave y flexible y al hacer cotidiano de las cobijas. En este hacer juntos, los cuerpos y las casas se abrigan, no solo física, sino también subjetivamente. Al abrigar y cubrir, al crear un confort íntimo, las mantas organizan hogares, como pudimos apreciar en las cobijas de Olga y Liliana. Ellas crean un sentimiento de pertenencia que puede producir dignidad y cuidado en momentos de pérdida y falta de esperanza. En este continuo entre cuerpos y hogares, y pensando con las cobijas subjetivamente, se puede ver cómo ellas organizan pensamientos y sentimientos, recordándonos un yo interior capaz de desear el bienestar, de aspirar al derecho al cuidado.

Al contar las historias de (nuestras) cobijas como tecnologías, narramos las historias de (nuestras) vidas. En esta narración, reflexionamos sobre cómo hemos llegado hasta aquí. Así, las cobijas organizan (nuestras) memorias y reafirman políticamente quiénes somos en relación con nosotras mismas. Pensar con mantas

a través de su transformación material mientras son remendadas, marcadas o embellecidas es también una invitación a imaginar materialmente (Woodward, 2016) los posibles futuros a los que tenemos derecho. En este juego entre narrar el pasado y el futuro, es posible dimensionar cómo se organiza la vida.

Bibliografía

Ahmed, Sara (2010). Orientations Matter. En Diana Coole y Samantha Frost (comps.), *New Materialisms: Ontology, Agency, and Politics* (pp. 234-257). Durham: Duke University Press.

Aristizabal, Sandra (2019). Telas de piel de ovejo del departamento de Boyacá tapizaron el Apolo 11 hace 50 años. *Mi Canal 40*. <https://micanal40.com/telas-de-piel-de-ovejo-del-departamento-de-boyaca-tapizaron-el-apollo-11-hace-50-anos/>

El tiempo (1969). Viaje a la Luna con olor a ovejo.

Haraway, Donna (2019). *Siguiendo con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*. Bilbao: Consonni.

Hundertwasser, Friedtich (1997). *Men's Five Skins* [dibujo de tinta sobre papel]. Hundertwasser Archive, Vienna.

Ingold, Tim (2007). *Lines: A Brief History*. Abingdon: Routledge.

Larghero, Paula et al. (2011). *Mantas Traperas. Tradición textil en manos de mujeres*. Montevideo: Ministerio de Educación y Cultura.

Le Guin, Ursula K. (1989). *Dancing at the Edge of the World: Thoughts on Words, Women, Places*. Nueva York: Harper and Row.

Lindström, Kristina y Ståhl, Åsa (2016). Patchworking Ways of Knowing and Making. En Janis Jefferies, Diana Wood Conroy y Hazel Clark (comps.), *The Handbook of Textile Culture* (pp. 63-78). Londres: Bloomsbury Academic.

Naji, Myriem (2009). Gender and Materiality in-the-Making: The Manufacture of Sirwan Femininities Through Weaving in Southern Morocco. *Journal of Material Culture*, 14(1), 47-73.

Pérez-Bustos, Tania et al. (2022). Haceres textiles para inventarse la vida en medio del conflicto armado colombiano. *Estudios Atacameños*, 68, 1-23.

Pérez-Bustos, Tania et al. (2019). Hacer-se textil: cuestionando la feminización de los oficios textiles. *Tabula Rasa*, 32, 249-270. doi.org/10.25058/20112742.n32.11

Postrel, Virginia (2020). *The Fabric of Civilization how Textiles Made the World*. Nueva York: Basic Books.

Russell, Heather D. (2014). Quilted Discourses: Writing and Resistance in African Atlantic Narratives. En Marjorie Agosín (comp.), *Stitching Resistance. Women, Creativity, and Fiber Arts* (pp. 201-2011). Kent: Solis Press.

The New York Times (24 de marzo de 1901). *Origin of Blanket*. <https://www.nytimes.com/1901/03/24/archives/origin-of-blanket.html>

The Washington Post (1898). Origin of “Blanket”.

Winnicott, Donald W. (2016). Transitional Objects and Transitional Phenomena. En Lesley Caldwell y Helen T. Robinson (comps.), *The Collected Works of D. W. Winnicott: Volume 3, 1946-1951* (pp. 471-461). Nueva York: Oxford University Press.

Woodward, Sophie (2016). Object interviews, material imaginings and “unsettling” methods: Interdisciplinary approaches to understanding materials and material culture. *Qualitative Research*, 16(4), 359-374. doi.org/10.1177/1468794115589647

